

Discurso que pronunció el señor Francisco Cereceda, en nombre de la Empresa de los FF. CC. del Estado, en los funerales del Sr. Carlos Schneider

Señores.

El funcionario y el amigo que en hora temprana acaba de desaparecer, era un conjunto feliz de cualidades intelectuales y morales.

Desarrolló toda su vida profesional en los Ferrocarriles del Estado y aquí sobresalió en cada puesto que ocupó, ya técnico, ya administrativo.

Primero como Ingeniero de Tracción, después como Jefe de la Oficina de Nueva York, en seguida como Jefe del Departamento de Tracción y Administrador de la I Zona y, finalmente, como Jefe del Departamento de Materiales, demostró siempre un espíritu de progreso, un criterio equilibrado y una escrupulosa dedicación al trabajo.

Sus cualidades intelectuales eran relevantes; pero yo no sé por qué, señores, en esta morada, a donde los ruidos del mundo no llegan o se apagan y donde comprendemos mejor que en otra parte, que todos nuestros anhelos y preocupaciones no son sino vanidades; yo no sé por qué me parece que el elogio de sus condiciones de ingeniero ha de herir, aun en su tumba, la modestia de un hombre como Carlos Schneider, que en su vida nunca trató de exhibirse, nunca se esforzó por ocupar puestos expectables, sino

que por el contrario, trató siempre de diluirse, de empequeñecerse, de esfumarse.

Era que sus cualidades morales estaban aún por encima de sus cualidades intelectuales: su modestia, su bondad, su honradez eran extraordinarias. Era un varón justo en toda la acepción de la palabra.

Los Libros Santos en sus páginas milenarias aseguran que en el momento en que se presenta ante el Tribunal Supremo el espíritu de un hombre justo, Dios pronuncia sobre él esta sencilla sentencia: «Dicite justo quoniam bene»: Decidle al justo que está bien.

Sin los considerandos que acostumbran los tribunales terrenos para darnos la sensación de justicia, aquella sentencia significa:

«Decidle que tendrá un lugar entre los escogidos, por haber seguido siempre la línea recta que nunca pierden de vista los hombres honrados.

«Decidle que está bien, porque formó un hogar honorable y educó a sus hijos en el ejemplo de sus virtudes.

«Decidle que está bien, porque fué un hombre de trabajo y porque nunca miró a éste como un castigo, como un sufrimiento, sino como una satisfacción, como un deber.

«Decidle que está bien, porque trató

a los demás hombres como amigos y compañeros, porque cuando tuvo que mandarlos y juzgarlos, miró sus debilidades con ojos de misericordia antes que de justicia.

«Decidle, en fin, que estará a mi lado, porque ajustó siempre sus actos a los principios morales que predicó en el mundo Aquél que dijo: «Amaos los unos a los otros».

Yo estoy seguro, señores, de que el espíritu de Carlos Schneider habrá oído de los labios supremos esta consoladora sentencia.

Porque era un hombre bueno, a través de sus ojos, esas ventanas del alma, se asomaba la suya y nadie podía dejar de admirar su bondad, nadie podía dejar de reconocer que estaba en presencia de un hombre sincero, honrado, varonilmente bueno.

Lo vi en sus últimos días en su lecho de dolor, de donde él sabía que no volvería a levantarse más. Su bondad no lo

había abandonado. No tenía la impresión de angustia del que sabe que deja la vida demasiado temprano; esta vida hermosa que todos amamos y que tanto nos resistimos a abandonar.

Su moribunda voz se extinguía sin una protesta contra el destino que prematuramente lo arrancaba a sus afectos más caros.

Tenía, por el contrario, sobre su rostro la impresión de una resignación santa, de un acatamiento tranquilo ante los designios ineluctables de la Providencia.

Tal fué su muerte, cual fué su vida.

Señores, en este momento en que la tierra piadosa va a recibir sus restos, en nombre de la Empresa de los Ferrocarriles, que tuvo siempre en don Carlos Schneider un funcionario ejemplar, y de sus amigos, que conservarán por toda su vida el recuerdo de su bondad, yo cumpla con el triste encargo de hacer esta manifestación de agradecimiento y de afecto.